

Hechos sobrenaturales acaecidos a la muerte del Redentor

«... Y Jesús, clamando con gran voz, a su Padre, expiró.
Y sucedió entonces que el velo del templo se rasgó de alto abajo; y las piedras se hundieron; y los sepulcros se abrieron. Y muchos cuerpos de santos, que habían dormido, se levantaron».

(San Mateo, XXVII, 50).

El hecho sobrenatural de este extraño sacudimiento de la Naturaleza y de los misteriosos sucesos que hubieron de acompañarle, afirmados son, a su vez, por San Marcos (XV, 37 y 38) y San Lucas (XXIII, 45 y 46), y confirmados aparecen por profanos escritores, que no dudan en aseverar fué universal este extraño y misterioso terremoto.

Plinio, en su «Historia Natural», tomo II, capítulo LXXXIV, afirma: «que en tiempos de Tiberio, en los que padeció Cristo, aconteció un terremoto, en el cual se arruinaron diez ciudades del Asia».

El cardenal Boronio asegura en sus «Anales Eclesiásticos» que, a causa del mismo terremoto, «se abrieron y rasgaron muchos montes en varias partes del mundo».

Los habitantes de Etruria afirman, por una tradición muy respetada entre ellos, que «se abrió el monte de Albemia y se rajó el promontorio de Cayeta, formándose en uno y otro costados horrendos precipicios».

Plutarco cuenta que, «viajando varios romanos desde Egipto a Italia, y hallándose cerca de las Islas Eclinas, oyeron una voz que decía al capitán del buque: «Cuando te halles junto a la laguna, grita y anuncia que el «Gran Pan ha muerto»; y habiéndolo así hecho, se escuchó un grandísimo clamor de muchos que huían de aquel lugar».

Ya hemos dejado consignados, al mencionar el fenómeno de las tinieblas, los testimonios de Pleghón o Flejón, famoso historiador del siglo II, que acompañaba siempre a la Corte del Emperador Adriano, el cual escribiera sus «Anales», conservados, en parte, en las obras de Tertuliano, Eusebio de Cesárea y San Jerónimo, y el de aquel otro historiador de la Grecia y de la Siria, llamado «Tallios», que del mismo hecho hubo de ocuparse, en el siglo I de la Era vulgar, afirmando ambos la verdad del hecho.

También hemos citado el de Tertuliano en su «Apologético», cuando, después de dejar manifestado que el sol se extinguió a mitad de su curso, añade: «Podéis convenceros de esta verdad: en los archivos tenéis la relación de este hecho».

Hemos mencionado, asimismo, el de San Luciano, mártir, quien, dirigiéndose al presidente del Tribunal que le juzgara, habló de la divinidad de Jesucristo diciendo: «Pongo por

testigo al mismo sol, que, al ver el crimen de los deicidas, ocultó, en pleno día, su luz al mundo. Registrad vuestros anales, y ellos os dirán que en tiempos de Poncio Pilato, mientras Jesús padecía, el sol desapareció de los cielos, y el día fué interrumpido por las tinieblas».

Otros historiadores profanos han hecho también mención de estos fenómenos de la Naturaleza, predichos por Amos (VIII, 9) y atestiguados por los evangelistas.

En los modernos tiempos, Adlissón nos dice que un viajero inglés, deista furibundo, visitaba la ciudad de Jerusalén, ridiculizando cuando podía lo afecto a los Santos Lugares consagrados por el Cristianismo, y mofándose escandalosamente de cuanto velan sus ojos, hasta que llegó a la cumbre del Gólgota hoy encerrada en la basílica dicha del Santo Sepulcro. Allí, viendo y observando las hendiduras de las rocas, mudos y elocuentes testimonios del extraordinario, milagroso sacudimiento de la Naturaleza, acaecido el memorable día de la Crucifixión y Muerte de Cristo, terminaron sus burlas e incredulidades, y cayó de rodillas, exclamando: «Esto es sobrenatural a todas luces. Empiezo a ser cristiano».

Hemos visto la hendidura de la roca que está debajo de la capilla del Calvario y se prolonga hasta dentro de la tierra, pasando por la capilla subterránea dicha de Adán. Esta singular, misteriosa hendidura, se extiende en dirección de Este a Oeste, y, por lo que se puede ver, alcanza un largo de 1,60 metros de largo por 15 centímetros de ancho.

Las sinuosidades y los resquebrajamientos que se notan en un lado, coinciden perfectamente con las que se ven en el otro, hasta el extremo que fácilmente se advierte, llegarían a una perfecta unión caso de aproximarse...

No es, pues, extraño que el descreído inglés que cita Adlissón, ante la evidencia de esta rotura contra todas las leyes de la Naturaleza, afirmara, después de admirar este elocuentísimo testimonio del sacudimiento de la tierra, que «habiendo hecho un gran estudio de la física y de las matemáticas, estaba seguro de que las roturas de aquellas peñas no habían podido ser efecto de un acontecimiento natural. Semejante trastorno hubiera ido separando las diferentes capas de la masa de que se compone, pero lo hubiera hecho siguiendo las venas que las distinguen y rompiendo sus enlaces por las partes más débiles».

«Yo veo, añadía, de un modo claro y evidente, que este trastorno fué puro efecto de un milagro, que ni el Arte ni la Naturaleza pudieron producir».

V. DE DIEZ VICARIO

El Cristo de Velázquez

(FRAGMENTO)

POES

Esperando a tu Padre se velaron tus dos luceros de mirar, tus ojos como palomas cándidas: no surge ya de su hondón aquel aquietamiento, domador de torpes apetitos, que forzaba a doblar mustia la frente del que acusaba hipócrita a su prójimo, del que viendo la paja en ojo ajeno, no en el propio la viga, en ti buscaba «diablo», no el Redentor, al Juez. Temblando cual bermejo rocío en tus pestañas, perlas de fuego se estremecen líquidas, y atravesando el cierre de los párpados contemplas con miradas tenebrosas el verdor de la tierra, que a tus venas les dió su jugo como brasa roja, y escuchan tus ojos los ríñones de nuestro corazón, donde nos clavos de tu corona las espigas. Fran tus ojos, como el cielo azul, azules, las luces de tu cuerpo, que sencillos y claros te lo hicieron luminoso, y castos castigaron cuanto vieron; y sus niñas más negras que la noche sin luna y sin estrellas, te brillaban con el fulgor divino del abismo de las tinieblas; y ahora el velo blanco de los caídos párpados, las alas de esas palomas que volaban siempre hacia su nido celestial, con sello de sangre sella tu mirar. Perdonas sólo mirando. A Pedro le miraste del gallo al canto, y él lloró su culpa al ver tus ojos hartos de perdón!

MICHEL DE UNAMUNO.

Las Golondrinas del Gólgota

Murió el Señor
y en su agonía
el ruiseñor
cantó tristísima elegía...

Las golondrinas
peregrinas
rompieron los crepúsculos
de negros nubarrones
con que a la luz del día
tapaba—en su agonía—
el Dios de los amores.

Ya las flores
doblaron sus corolas
y las olas
del mar de Tiberiades
se encrespaban
y bramaban
con su igual estruendo...

Las bellas claridades
del sol fueron muriendo...
Vinieron las tinieblas
y las nieblas
cubrieron las murallas
de la ciudad maldita...

Ya los muertos
rompiendo van sus mallas
y van apareciendo
en los ruidosos huertos.

Las pobres golondrinas
piaban tristemente
al lado del madero
que estaba prisionero
en su lecho de muerte
el buen Jesús
y fueron dulcemente
quitando las espigas
así como
de su espaciosa frente

R. MATO GIL.

CANCION A LA CRUZ

(ANÓNIMA)

Dios te salvo, cruz preciosa.
«Bendita y santa señal,
Cruz linda y graciosa.
Muy alegre, muy gozosa.
Perdón del rey divino».

Cristo Dios en ti muriera
Cuanto a la humanidad.
«Cruz cierta y verdadera,
Espejo luz y bandera,
De toda la cristianidad».

Arbol digno de alabanza,
«O muy santo y dulce palo.
Nuestro esfuerzo y confianza.
Salud de nuestra esperanza.
Resistencia para el malo».

Y tu alta dignidad
Fué tan grande, que en el suelo
Mereciste sin igualdad
Con toda su majestad
De tener al rey del cielo.

Y tú, Señor, que estuviste
Sufriendo en la cruz pasión,
Y con sangre que vertiste
En ella nos redimiste,
Por ella nos da perdón.—Amén.

Adorámoste, Señor,
Jesucristo, nuestra luz.
Que por la tu santa cruz
Fuiste nuestro Redentor.

La cena del Maestro

«El que come pan conmigo,
Levanta contra mí su calcañar»
(San Mateo, XXVI, 26)

En el magno y sublime retablo de la vida de Jesús, que sirvió de edificación propicia y milagrosa a los siglos, se destaca radiosamente el admirable episodio de la sagrada cena, como una lección que resplandece llena de enseñanzas encarnando íntimas ansias de la humanidad. Todos los momentos, en efecto, de su excelsa predicación tienen una expresión clarísima, recogiendo en ellos manifestaciones íntimas de la vida humana; diríase que su divina pasión y muerte plasma, de un modo prodigioso y simbólico, aspectos culminantes de nuestro vivir con el supremo afán de que nos atengamos siempre a las sabias normas que con el magno sacrificio de su humanización nos ha trazado propiciamente.

Así la cena con sus Apóstoles. El Maestro siente llegado el momento de la magna tortura de su crucifixión y en torno suyo, para cumplir el precepto de la Pascua, reúne a los que han de ser en el futuro, difusores de sus doctrinas redentoras.

Una íntima tristeza, una invencible melancolía, alienta en el corazón del Maestro todos los artistas del Renacimiento que han plasmado esta escena de paz y de amor precursora de la pasión de Cristo han destacado su figura nimbada de resplandores divinos y dando a su rostro una serenidad angusta. Pero en el espíritu de Jesús bullía, no obstante, un amargo desasosiego que se traslucía en sus palabras.

Ha partido el pan y el vino con sus discípulos; es fiesta de amistad, de íntima compenetración, de fusión cordialísima de todos los espíritus, todos en uno y uno en todos. Mas aquellos que le rodean son hombres, solo hombres y sus corazones nidos de pasiones que les hacen fingir afecto, cariño y devoción, encubriendo así, con disimulo inaudito la defección y el crimen; y la traición alienta, en efecto, bajo la aparente compenetración de espíritus, y El que lee en el fondo de las almas, lo sabe y se entristece de este gran pecado de la humanidad.

He aquí por qué, entre el desasosiego y la inquietud de sus discípulos, ha recordado con magnífica resignación, estas desconcertadoras palabras de las viejas escrituras: «el que come pan conmigo, levanta contra mí su calcañar», adivinando y profetizando de esta suerte la criminal hazaña de Judas, quien ya entonces se disponía a entregar al Maestro a sus verdugos.

No en vano se destaca este episodio en medio de los sublimes momentos que forman de la vida de Jesús constituyendo lecciones altísimas que recogen y concrecionan de maravilloso modo todos los apetitos y miserias que bullen en el corazón de los hombres; cada palabra, cada momento, cada escena de su paso por la tierra, reflejó un aspecto culminante de nuestro vivir que en Cristo, parecen reunirse simbólicamente.

El momento de la cena nos enseña de esta suerte que siempre uno de aquellos con quienes partimos nuestro pan y nuestro vino nos hará traición, fingiéndose amistad: que en vano trataremos de someter y humillar sus malas pasiones, brindándole na puesto en nuestra mesa en una comunión íntima y cordialísima que simboliza la cena de Jesús, ya que por ley de humanidad quien más nuestro nos parezca, podrá vendernos, cumpliéndose así por los siglos de los siglos la sabia sentencia de que «el que come pan conmigo, levanta contra mí su calcañar».

Español López-Aydliffe.

LA SAMARITANA

Los que venían de las labores, los que estaban en su obrador de artesano, los que holgaban a la sombra del corral de caravanas, el «karwanasari» que huía calientemente a bestias y pueblo, todos la miraban sonriéndole cuando ella salía con su ánfora, recortándose rítmica, fresca y graciosa en el cielo del camino.
El camino, después de los muros de los pesabres de tránsito, rodeaba el ejido, y volcándose, retrocediendo, brincando, se hundía en la anchura del valle de Sikem.

Y cuando subía la mujer con su ánfora, que resplandía palpitante de frescura la llamaban los hombres desde los albergues. Los de Samaria habían ya contado la renovación placentera del tálamo de la hermosa. Y los ricos mercaderes extranjeros, reluciendo las pupilas le mostraban el fausto de sus equipajes, y la delicia de los vinos y sabores exóticos de su festín en aquel alto de la ruta.
Pero ella decía:
«La plegaria será mi alimento y mi salud».

Sola, desamorado, cruzaba las calles de Samaria dejando un casto aroma de paz. Ya no la ardían los ojos, y daban una lumbre quieta de ramano con luna.
Y cuando un samaritano volvía de caminar, ella le buscaba, preguntándole:
«Viste al Señor que lee los más escondidos pensamientos, aquél que siendo judío comió pan de Samaria?»

Pero los andariegos de su país no hablaban sino con gentiles, y no trataban con los moradores de Israel sino de empresas de logro.
El Denteronomio dice: «No prestarás por usura al hermano».

Samaria no es tierra hermana de la tierra judía. Samaria se ha prostituido con ídolos bárbaros. Levantó en su monte Garizim un templo de liturgia semejante al culto de Jehová, y le pidió a Antioque: «Conságralo a Zeus Hellenios porque nosotros somos sidonios y nada tenemos con Israel ni en raza ni en usos».

Ninguno de los que corrian comarcanas extrañas trajo nunca noticia del Señor. Y los de Sikem se pasaban del afán de la hermosa. Y ella decía:

«Aquí le visteis y escuchasteis! Como pudo deshacerse su recuerdo! Pasó como el Esposo de los Cánticos por los oteros y vergeles! No disteis posada a sus discípulos, y agraviados ellos, le pidieron al Señor: «¿Quiéres que digamos que descienda fuego y los acabe? Mas él les repuso: «No vine a perderlos, sino a salvarlos».

Junto al ejido halló la mujer doce caminantes, sus mantos viejos, sus sandalias rotas, soltaban la tierra de muchas jornadas. Siendo pobres, había uno que semejaba siervo de los otros, y hollaba pesadamente, como un buen fiaco cuando labre el erial.

La samaritana les gritó: «¡Llegáis sin recelo, y si nadie os socorre, tomad de lo que hubiere en mi casa; abierta la hallaréis; es la más blanca de todas; suben los jazmines por el muro...»

Un hombre extranjero, recostado en el brocal, aspiraba la pureza y frescura del agua, y dentro del cielo reflejado se veía su imagen con un nímbo de sol.

El hombre alzó los ojos; la miró como un hermano que estuviese esperándola, y le dijo:

«Paz en tí!
Otra vez asomóse al esp-jo azul de las aguas, y confiadamente le pidió:
«Dame de beber!»

Ella le contemplaba enternecida de su abandono de niño cansado.

Y le sonrió dulce y tímida, pronunciando:

«¿Cómo siendo judío me pides de beber a mí que soy samaritana?»
«Si supieses quién es el que te dice: «Dame de beber!», tú acudirías a él pidiéndole: «Yo no a tí, sino tú a mí dame el agua de la sed mía!»

Salieron en la mujer resabios de malicias de rapaza, y se inclinó graciosamente, exclamando:
«El pozo es hondo! ¿Cómo podrías tú sacar agua sin mí?»

Y le mostraba el cántaro suyo limpio y fresco de juncia y la delgada cuerda ceñida a su talle.

Llegósele el hombre dolorido de compasión. Y la samaritana recogióse en sí misma, escuchándole:

«Todo el que bebiere de esta agua que tú tomas de la tierra vuelve a sentir la sed; mas el que bebiere de la que yo alumbró nunca estará sediento, porque el agua que yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna...»

«¡Dame, Señor, dame de esa agua viva, que yo no quiero tener más sed!»

Y una tarde que contemplaba su palidez de penitente en el espejo del agua que tuvo la imagen del Señor, sonaron voces y sandalias en el camino de la tierra judía.

Pasaban dos extranjeros, sin alforja ni arma. Se apoyaban en un báculo ruco, y traían el manto subido y plegado a los ríñones para holgura del pie.

La samaritana corrió, llamándoles. Ellos se volvieron, mirándola, y no sabiendo quién fuese, seguían su camino.

Pero la mujer les alencó y les dijo:
«No sois los que vinisteis con mi Señor, y hay en vosotros una semejanza con el porte de su gente. Mas, siendo suyos, ¿cómo pudisteis pasar sin llegaros al agua que el Señor bebió de mi mano, dándome en trueque delicioso el agua viva de su gracia!»

«¡Paz en tí, mujer!»—le respondieron los dos hombres.

Y ella se derribó, sollozando en un delirio de felicidad:
«¡Le habéis recordado también en su decir! Sois emisarios suyos! Toda mi alma os bendice. ¡Dadme ya su nueva, porque estoy pura!»

Y el más viejo de los caminantes abrazado y enjuto, de tosco frontal, murmuró:

«Discípulos y sembradores somos de la palabra del Rábbi, el Cristo Señor Nuestro!»

«¡Dadme la nueva que me traéis! ¡Decidme dónde se esconde el Señor, porque yo le busco, teniéndole siempre en mí, y no le encuentro! Yo le aguardo y le llamo, y nunca acude! ¿Dónde está el Rábbi, Jesús!»

«¡Paz en tí, mujer, en nombre del Señor!»—repitió austeramente el anciano y quiso apartarla de ellos.

Y la samaritana se agarró a sus vestiduras, clamando:

«No tan sólo su nombre, sino su voz y sus ojos, su presencia para la paz de mi vida! ¡Llévame a él, para que yo le sirva y le una!»

El otro discípulo le sonrió afligida-mente.

«¡Rábbi Jesús se halla en tí como habitará ya siempre entre nosotros!»

No le entendía la mujer, y se incorporó afanosa.

Entonces la hirió en todas sus entrañas la palabra inflamada y tronadora del apóstol viejo:

«¡Jerusalén ha matado al Señor! Alzó su cruz delante de sus muros... ¡Dile a Samaria que las almenas de la ciudad hominudas serán holladas por pazuñas inmundas!»

«¡Iré con vosotros! ¡Aunque quisierais ahuyentarme como a los perros, yo os seguiré! Iré con vosotros hasta que me hayáis dejado en la tierra que guarda el cuerpo del Señor... Quiero tocar y besar su sepulcro, y besándolo penetraré mi vida como las raíces llegan al agua traspasando la roca...»

El viaje la miró friamente.

«Mujer: el Rábbi no tiene sepulcro. ¡Anunciado estaba que el Señor resucitaría! Y el Señor ha resucitado...»

«Si vive el Señor, llévame que yo le cure las heridas! Si tiene mujer, yo seré su sierva!»

«¡El Rábbi ha resucitado, y subió al cielo, a la diestra de su Padre; y desde allí envió a los suyos la potestad de su Espíritu Santo!»

La samaritana se fué quedando sola en el camino. Sobre sus hombros se tendió la obscuridad de la tumba de Josef. Sintió frío y miedo de niña desamparada, y buscó refugio del pozo de Jacob, y besaba su piedra y gemía:

«¡Rábbi, Rábbi! ¡Por qué has resucitado para subir al cielo!»

Gabriel Miró.

El Cristo de Alonso Cano

Largos cabellos y la barba fina que al rostro cadavérico amortaja, feral herida que el costado saja, y un puñal en la frente cada espina.
Al hombre flagelado el cuello inclina, manos y pies el férreo clavo raja, y de la Cruz el cuerpo se desgaña como un arbolito humano que se arruina.
Ante ese rostro de marfil antiguo, por todas las injurias profanado, pleno, triste: «¡Así fué crucificado!»
«¡Así fué el Hombre-Dios! Y me santigué, y en toco vaso divinal esencia al ser baña un perfume: ¡la Creencia!»

MANUEL S. PICARDO

SONETO

DE COSME ALDAMA

Al sepulcro de Nuestro Señor

Yace en esta que ves tumba cubierta un cuerpo de valor tan soberano, que cuando muere en él puso la mano, De la vida mayor fué Muerte muerta.

Rompiendo el alma está la baja puerta Do vive el desolado Ángel tirano, Quedando por él bien ultramundano Otra de libertad al hombre abierta.

Cuando murió, cayó naturaleza Sobre sí misma, en torno le moraron Los cielos, y de luto se vistieron.

Las piedras trasladaron su duresa En el pecho del hombre, y del tamarón La razón del dolor con que se abrieron,